

MIRADOR — MY TERM AS HITLER'S GUEST *

¿Prisionero o huésped?

A juzgar por el título de esta deliciosa autobiografía, parece que no encaja, a primera vista, en la categoría habitual de obras que se reseñan en la *Revista* de la Cruz Roja. Sin embargo, una rápida ojeada a la artística sobrecubierta del libro ya permite vislumbrar que, entre una rica variedad de insólitos incidentes y de personajes fascinantes, el lector podrá conocer a la «abnegada *Croce Rossina*» y al «humano y eficiente miembro de la Cruz Roja».

De hecho, la imagen de la Cruz Roja en la Segunda Guerra Mundial emerge victoriosa de las páginas de estas memorias, dedicadas a «todos los prisioneros». No obstante, no se trata de un libro acerca de la Cruz Roja, sino del relato, día por día, de la vida de un joven médico, oficial del ejército británico, desde la fecha de su captura, en Anzio, hasta el día de su liberación, en las afueras de Berlín, en el momento en que la milenaria capital, donde residía un dictador demente, ardía en llamas y se desplomaba convertida en ruinas.

Es un libro difícil de clasificar. El doctor Burton prefiere definirlo como una novela autobiográfica. Y se lee en verdad como una novela: un drama viviente donde lo trágico y lo jocoso se entremezclan, lo real y lo filosófico se unen sin que se produzcan choques, y el humor y el patetismo conviven sin dificultad. El conjunto refleja una situación real, que resulta aun más estrafalaria por la locura humana de la guerra. ¿Se trata de un campo de prisioneros de guerra o de un agradable campamento? ¿Es el protagonista y relator de la historia un huésped o un prisionero? duda que nos plantea ya el título. ¿Es el oficial capturado una pobre víctima o un privilegiado observador de su opresor?

Conociendo como el que suscribe al autor, es obvio que John Burton no podía ser meramente un prisionero, y menos aun un desvalido. En realidad, él mismo lo dice en la primera línea de sus memorias: «Ser un vencido es una experiencia extraña para un médico; era necesario aprender a actuar como tal, pero no lo era adoptar su psicología; así pues, prevaleció el optimismo escéptico.» Y prevalece, en verdad, a lo largo de 163 páginas, escritas en un inglés tan excelente que hace suponer que, aunque se expresara en la jerga alemana de los prisioneros, debió impresionar y quizás intimidar al *Kommandant* del campo.

* *Mirador — my term as Hitler's guest*, por John Burton, Regency Press, Londres y Nueva York, 1986, 163 pp.

Esta fue su actitud desde el primer momento. Cuando, tras la captura, lo están interrogando, el capitán Burton se dirige a su capturador y le dice tranquilamente: «Quiero presentar una protesta formal por la flagrante violación de los Convenios de Ginebra. Tienen que devolvernos nuestro vehículo y darnos un salvoconducto para regresar a nuestras líneas.» Sus reiteradas protestas son desoídas, y Burton se dice entonces que, mientras continuaba ejerciendo su profesión —atendiendo a los soldados heridos, tanto aliados como enemigos—, debería aprovechar esa oportunidad única para analizar la derrota del enemigo desde dentro de sus propias filas. ¡Y qué fascinante puesto de observación resultó ser!, como denota, en concordancia con el enigma central —huésped o prisionero—, el título que dio al capítulo 2 de su obra: «¿Quién capturó a quién?», «Llegó a resultarme realmente interesante observar el comportamiento de esa *Herrenrasse*, que había producido tantos genios... ¿Qué había fallado?»

La población «normal» del campo era una mezcla internacional de unos 60.000 prisioneros, hacinados y subalimentados: polacos, yugoslavos, británicos, norteamericanos, rusos, checoslovacos y otros indeseables. Pero, cuando la situación se invierte y se oye a lo lejos el sordo ruido de las victoriosas fuerzas aliadas, los prisioneros más antiguos del campo se reúnen en secreto para acordar lo que van a hacer: «Nuestros planteamientos fueron breves y precisos: decidimos liberarnos»; y así lo hicieron, de la noche a la mañana. Para aquellos de nosotros que trabajan en una institución internacional, agrega un interesante corolario: «Rara vez se ha llevado a la práctica una decisión internacional con tal celeridad»...

Poco después, con la llegada de otros prisioneros «liberados», la población del campo se elevó a más de 300.000. El alimento se convirtió en la necesidad más urgente e imperiosa. Y aquí interviene prodigiosamente de nuevo el eficaz y humanitario delegado del CICR De B., trayendo, Dios sabe cómo, unos 50.000 paquetes y un convoy de 50 camiones. Los socorros se distribuyen de inmediato entre los hambrientos compañeros de infortunio, justo a tiempo para que recuperaran el mínimo de fuerzas necesario con que poder esbozar una victoriosa sonrisa en sus rostros demacrados.

Al día siguiente, Burton subió a bordo de un avión de los liberadores, que lo condujo a los verdes prados de su Inglaterra libre. «El cautiverio en Alemania —concluye con uno de sus eufemismos característicos— fue una experiencia única, que de otro modo no hubiera podido vivir.» Una lectura sumamente aleccionadora.

S. William Gunn